



VITA CHRISTI

1. PREÁMBULO¹

AL CRISTIANO LECTOR

El tratado precedente², cristiano lector, sirve para el uso de la *oración vocal*, la cual con palabras humildes y devotas habla y negocia con Dios. Esta manera de orar, entre otros muchos provechos que tiene, uno y muy principal es, ser un grande estímulo e incentivo de devoción, cuando más derramado y frío está nuestro corazón. Porque como él sea tan malo de recoger en este tiempo –por el distraimiento de los pensamientos–, no tenemos entonces otro más fácil remedio que apegarlo a las palabras de Dios –que son como unas brasas y saetas encendidas– para que con ellas se encienda y despierte la devoción.

Mas el tratado presente servirá al uso de la *oración mental*, que se hace con lo íntimo del corazón, en la cual interviene la meditación de las cosas celestiales, que es la principal causa de la devoción, como dice el santo Doctor Tomás de Aquino³. De manera que así como los niños unas veces andan en pies ajenos, y otras –cuando ya son mayores– en los suyos propios, así el siervo de Dios debe tratar en la oración con Él, unas veces con palabras ajenas –pronunciándolas con toda devoción– y otras con las suyas propias, que es con las que su devoción o su necesidad le enseñare. En esta cuenta entra el ejercicio de la meditación de las cosas divinas, que es el propio pasto y mantenimiento de nuestra ánima.

Y entre otras muchas cosas que hay que considerar, una de las más principales es la Vida y Pasión de Cristo, que es universalmente provechosa para todo género de personas así principiantes como perfectas. Porque este es el Árbol de la Vida que está en medio del paraíso de la Iglesia, donde hay ramas altas y bajas, las altas para los grandes –que por aquí suben a la contemplación de la bondad, caridad, sabiduría, justicia y misericordia de Dios– y las bajas para los pequeños, que por aquí contemplan la grandeza de los dolores de Cristo y la fealdad de sus pecados, para moverse a dolor y compasión.

¹ Publicado en *Vida Sobrenatural*, 91 (2011) 283-395.

Tomamos el texto de FRAY LUIS DE GRANADA, *Obras*, Tomo XI (Cuervo, J., ed.), Fuentenebro, Madrid, 1906, 353-362. Hemos adaptado un poco el texto para facilitar su comprensión.

² Fray Luis de Granada hace referencia al *Tratado de algunas devotas oraciones*.

³ Cf. TOMÁS DE AQUINO, *Suma Teológica*, II-II, q. 82, a. 3.





Textos de espiritualidad dominicana

Éste es uno de los más propios ejercicios del verdadero cristiano, andar siempre en pos de Cristo, y seguir al Cordero por donde quiera que va. Y esto es lo que Isaías nos enseñó cuando dijo que los justos y los fieles serían la cinta de los riñones de Cristo, y que andarían siempre al alrededor de Él (cf. Is 11,5). Lo cual espiritualmente se hace, cuando el verdadero siervo de Cristo nunca se aparta de Él, ni le pierde jamás de vista, acompañándole en todos sus caminos, meditando todos los pasos y misterios de su vida santísima.

Porque verdaderamente, para quien tiene sentido espiritual, no es otra cosa Cristo sino, como dice la Esposa, un suavísimo *bálsamo derramado* (cf. Ct 1,3), el cual, en cualquier paso que le miréis, está siempre echando de sí olor de santidad, de humildad, de caridad, de devoción, de compasión, de mansedumbre y de todas las virtudes. De donde nace que así como el que tiene por oficio tratar o traer siempre en las manos cosas olorosas, anda siempre oliendo a aquello que trata, así el cristiano que de esta manera trata con Cristo, viene por tiempo a oler al mismo Cristo, que es parecerse a Él en la humildad, la caridad, la paciencia, la obediencia y en las otras virtudes de Cristo.

Pues para este efecto se escribió este presente tratado, que es de los principales pasos y misterios de la vida de Cristo, poniendo brevemente al principio de cada uno la historia de aquel paso, y después apuntando con la misma brevedad algunas piadosas consideraciones sobre él, para abrir el camino de la meditación al ánima devota. De las cuales, unas sirven para despertar la devoción, otras para la compasión, otras para la imitación de Cristo, y otras para su amor, y para el agradecimiento de sus beneficios, y para otros propósitos semejantes.

Imité en este tratado a otro que san Buenaventura hizo, llamado *Árbol de la Vida del Crucificado*, que para este mismo efecto por este santo Doctor fue compuesto, y púselo así en este breve compendio, para que pudiese traerse en el seno lo que debe siempre andar en el corazón, y así pudiese el hombre decir con la Esposa en los Cantares, «*Manojico de mirra es mi amado para mi, entre mis pechos morará*» (cf. Ct 1,12).

Después de la subida del Señor al cielo puse la venida a juicio, y la gloria del paraíso, y las penas del infierno, y el camino para lo uno y para lo otro, que es la muerte, tratando de la memoria de ella, que son las cuatro postrimerías en que el hombre debe siempre pensar para no pecar. Y después declaré brevemente de la manera que el hombre se había de haber en estos santos ejercicios. Mas antes que descendamos a tratar en particular de estos misterios, quise poner un breve preámbulo del misterio de la Encarnación de Cristo, que ayuda mucho para la meditación y comprensión de su vida santísima.





COMIENZA UN BREVE SUMARIO

DE LOS PRINCIPALES MISTERIOS DE LA VIDA DE CRISTO

Preámbulo para antes de la Vida de Cristo, en el cual se trata del misterio inefable de su encarnación

Cerca del inefable misterio de la Encarnación del Hijo de Dios, la primera y principal cosa que hay que presuponer y considerar, es la grandeza de la bondad y sabiduría de Dios, que resplandece en la conveniencia de este medio que escogió para nuestra salud.

Del bienaventurado san Agustín se escribe que al principio de su conversión no se hartaba de contemplar con una maravillosa dulcedumbre la alteza de este consejo que la divina sabiduría había escogido para encaminar la salud del linaje humano⁴. Pues quien quisiere sentir algo de lo que este santo sentía, debe trabajar por entender el abismo de la sabiduría que en este divino misterio está encerrada. Para lo cual convendrá tomar este misterio desde sus primeros principios.

Pues para esto considera primeramente que hay Dios, lo cual es una verdad tan evidente, aun en lumbre natural, que no hay nación en el mundo, por bárbara que sea, que no conozca ser así, aunque no sepa cuál sea el verdadero Dios. Y si preguntas, qué cosa sea Dios, eso no se puede explicar con palabras, sino confesando que Dios es una bondad, sabiduría y hermosura infinita, principio y fin de todas las cosas, criador, gobernador, Señor y Padre de todo el universo, y una cosa tan grande, que ninguna otra se puede pensar mayor ni mejor, ni a quien el hombre esté más obligado.

Lo segundo, piensa consecuentemente que ninguna cosa hay del cielo más justa ni más debida que amar, temer, servir y obedecer a este Señor, y vivir conforme a su santísima voluntad. Ésta es la cosa más obligatoria, más necesaria, más honesta, más honrosa, más provechosa y más hermosa de todas cuantas hay y puede haber en el mundo, y la que por más millares de títulos es debida, como está claro no sólo en lumbre de fe, sino también de razón, como lo confiesan todas las naciones del mundo.

Lo tercero, considera profundamente cuán inhábil quedó el hombre por la caída de nuestros primeros padres para cumplir con esta obligación, cuán ciego, cuán enfermo, cuán sensual, cuán terreno, cuán fácil para los vicios y cuán pesado para las virtudes, cuán apetitoso para las cosas sensuales, cuán desgustoso para las espirituales, cuán cuidadoso de las cosas de esta vida, cuán descuidado para las de la otra, cuán

⁴ Cf. AGUSTÍN DE HIPONA, *Confesiones*, IX, 1: PL 32, 763.





Textos de espiritualidad dominicana

aficionado a su cuerpo, cuán olvidado de su ánima, cuán solícito por lo presente –que es momentáneo– y cuán descuidado de todo futuro –que es eterno–, cuánta cuenta tiene con los hombres y cuán poca o ninguna con Dios. Y la causa de todos estos males fue haber ofendido e indignado contra sí a Dios, y haberse por su propia culpa entregado al enemigo.

Lo cuarto, considera cuán conveniente cosa era que socorriese Dios al hombre en esta tan grande necesidad. Porque si es voz de toda la filosofía que el Autor de la naturaleza no falta en las cosas necesarias –pues vemos que ni en la tierra, ni en la mar, ni en el aire hay animal, ni gusano, ni gusarapito, por pequeño que sea, a quien falte la divina Providencia–, ¿cómo había de faltar a la más excelente de todas sus criaturas, y en la mayor de todas sus necesidades? Y además de esto, si el hombre por malicia ajena había sido derribado, razón era que la virtud ajena ayudase a quien la maldad ajena tanto desayudó, para que así fuese el hombre tan capaz de bien como de mal, pues le podía ayudar lo uno, como le pudo desayudar lo otro.

Lo quinto, mira también que para que este remedio y socorro fuese mejor encaminado, convenía que viniese por el ministerio de uno. Porque así como fue uno el que destruyó a todos, así también convenía que uno fuese el que salvase a todos, y así como uno fue el destruidor del género humano, así otro fuese su reparador, para que por el camino que había venido la dolencia, por ese mismo viniese la medicina. Y además de esto porque esta orden guarda Dios en todo este universo, que en cada linaje de cosas haya una nobilísima que sea como cabeza de todas las otras, la cual influya y comunique su virtud a todas ellas y sea causa de toda la perfección que hay en ellas, como vemos en el sol, que es causa de toda la luz que hay en las estrellas, y en el primer cielo que se mueve, que es causa de todos los otros movimientos del mundo.

Pues conforme a esto convenía que en el linaje de las cosas santas hubiese un Sumamente Santo que las santificase a todas y fuese causa de la santidad de todas. Teníamos, pues, necesidad de un tal Santo, que nos santificase, de un Salvador que nos salvase, de un Padre que nos reengendrarse, de un Rey que nos defendiese, de un Sacerdote que por nosotros rogase, y de un sacrificio que por nosotros se ofreciese, de un Reconciliador que nos hiciese amigos con Dios, y de un Fiel, Abogado y Medianero que por nosotros interviniese.

Pues si de todos estos títulos y de todos estos oficios y beneficios tenía necesidad el hombre –que con tantas inhabilidades y necesidades había quedado– ¿quién pudiera suplir mejor todas estas faltas, y soldar todas estas quiebras, y curar todas estas llagas, y hacer todos estos oficios, y ser medianero entre Dios y los hombres, que Aquel que juntamente era Dios y hombre, tan amigo de los hombres –porque era verdaderamente hombre– y tan amigo de Dios –porque era verdadero Dios– tan hábil





para deber –pues era del linaje del hombre culpado– y tan poderoso para pagar, pues era Dios todopoderoso? Claro está, pues, que así como no hay en el cielo ni en la tierra otra persona mejor que el Hijo de Dios, así nadie podía mejor dar cabo a esta obra –llevando el negocio por vía y orden de justicia– que el mismo Hijo de Dios. Y así convenía por cierto que ello fuese, porque si en las *obras de naturaleza* dicen los filósofos que Dios siempre hace lo mejor y lo más perfecto, mucho más convenía esto en las *obras de gracia*, que cuanto son más perfectas, tanto se deben hacer con mayor providencia.

Mas, ¿quién podrá con palabras explicar la muchedumbre de bienes y provechos que de esta manera de remedios se siguieron? Porque –dejados aparte otros muchos provechos, y supuesta la deuda general del linaje humano, y la inhabilidad con que había quedado, así para amar a Dios como para todas las otras virtudes– ¿qué medio podía haber más conveniente para satisfacer a Dios, y conocer a Dios, y esperar en Dios, y amar a Dios, y tener que ofrecer a Dios? ¿Qué medio podía haber mejor? ¿Quién podía mejor satisfacer por deuda infinita, qué Señor de virtud y dignidad infinita? ¿Cómo podíamos tener mayor conocimiento de la grandeza de la bondad, justicia, misericordia y providencia de Dios, que viendo lo que hizo por el hombre, y de la manera que castigó el pecado del hombre? ¿Qué mayor incentivo para esperar en Dios, que tener méritos de Cristo por nuestra parte, y para amar a Dios, que ponérsenos delante tal bondad, tal caridad y tal beneficio de Dios? Si la cuerda de tres ramales es dificultosa de quebrar, ¿cómo se quebrará el amor que de tres tales motivos como éstos se compone? Pues para tener que ofrecer a Dios, ¿qué sacrificio se nos podía dar para descargo de nuestras culpas y remedio de nuestras necesidades, más eficaz y más aceptable que la muerte del mismo Hijo de Dios?

Pues para inclinar al hombre a la virtud de la humildad, de la paciencia, obediencia, pobreza y aspereza de vida, ¿qué medio y qué motivo pudiera haber más poderoso que ver al mismo Dios tan humilde, tan paciente, tan obediente, tan pobre y tan mal tratado por nosotros? Pues para criar en nuestros corazones odio contra el pecado, ¿qué motivo se podía dar mayor que ver el odio que Dios mostró contra él, pues tantos y tan grandes extremos hizo por destruirlo? Piense, pues, el hombre cada cosa de éstas en particular y profundamente, y hallará por cierto que para ninguno de estos fines pudiera haber medio más conveniente, antes le parecerá tan conveniente y tan a propósito de cada uno, como si para sólo aquel fuera instituido. Y por aquí conocerá la sabiduría de Dios, que tan bien supo encaminar lo que convenía para nuestro remedio.

Mas por ventura dirás: «Ya que convenga tanto eso al remedio del hombre, no parece que conviene a la gloria de Dios abajarse tanto, que se hiciese hombre y viniese a morir por el hombre». Esta objeción nace de mirar los hombres al hombre de la manera que ahora está, que es con todas las vilezas y desórdenes que le vinieron por el





Textos de espiritualidad dominicana

pecado, y pensando que todo eso tomó sobre sí el Hijo de Dios. Desengañense, pues, porque nada de eso tomó sobre sí este Señor. Porque Él apartó la naturaleza de la culpa —es decir, lo que Dios hizo, de lo que el hombre hizo— y tomando solamente lo que Dios hizo, dejó lo que el hombre hizo, aunque por nuestra causa tomó los tormentos y la muerte que sin deberla padeció. Preservando, pues, la naturaleza de todos estos defectos, adornóla y ennoblecióla —sobre todo lo que se puede encarecer— con tanta abundancia de riquezas espirituales, de virtudes, de sabiduría, de poder y de gracias tantas y tan admirables, que no fue deshonra suya, sino grandísima gloria hacerse tal hombre cual se hizo.

No sería deshonra de un rey vestir un sayo de tela de saco, si estuviese todo sembrado de franjas de oro y de piedras preciosas, porque la bajeza que tenía por parte de la materia se encubría con la hechura. Y lo mismo hizo aquí el Hijo de Dios, porque aunque el paño era bajo, Él lo supo adornar con tantas riquezas y labores obradas por mano del Espíritu Santo, que no fuese deshonra suya vestirse de Él. Porque claro está que ya que Dios quería hacerse hombre, en su mano estaba hacerse tal hombre cual conviene que fuese el que había de ser Dios y hombre, y así lo hizo.

Y además de esto, el fin para el que venía requería esta manera de hábito tan humilde. Porque así como no es cosa indigna de la persona real vestirse de tela de saco o de sayal, cuando va a caza —porque para este propósito mas arma el sayal que la tela de oro— así también —pues el Hijo de Dios venía al mundo a reformarlo, que es, a hacer guerra a la vanidad, a las riquezas y deleites— éste era el hábito que más convenía para este propósito.

Con esta grandeza concuerdan todas las demás, así las que precedieron como las que acompañaron y se siguieron después de este misterio. Porque antes de esta venida precedieron entre judíos y gentiles infinitas profecías y figuras que la denunciaron y prometieron para todas las edades y siglos desde el principio del mundo, y cuando hubo de venir, vino también de la manera que convenía a tan alta Majestad. Porque fue concebido como convenía a Dios, porque de Espíritu Santo nació como Dios, porque de Madre Virgen conversó en este mundo como Dios, obrando infinitos milagros y haciendo infinitos beneficios, y murió como Dios, pues todos los elementos del mundo hicieron sentimiento en su muerte, y pues que después de muerto resucitó de los muertos, y subió a los cielos, y de ahí envió al Espíritu Santo. De manera que aunque Él fue hombre como nosotros en la naturaleza, no lo fue en la dignidad y en la gloria.

Hombre fue de verdad como nosotros, mas concebido —como dijimos— de Espíritu Santo, nacido de Madre Virgen, alabado de ángeles, anunciado de profetas y deseado de todas las gentes. Hombre fue como nosotros, mas hombre que santificaba los hombres, que sanaba los enfermos, que alumbraba los ciegos, que limpiaba los leprosos, que hacía andar a los cojos y resucitaba los muertos. Hombre fue como





Textos de espiritualidad dominicana

nosotros, mas hombre a quien obedecía la mar, a quien servían los elementos, a quien testificaban los cielos, por quien temblaban los demonios, y a quien glorificaban las voces de Dios. Hombre fue, y así murió como hombre, mas muerto venció la muerte, y sepultado saqueó al infierno, y saqueado el infierno, subió al cielo, y subido al cielo, envió al Espíritu Santo y santificó al mundo.

Y quien quisiere ver esta santificación, ponga los ojos en aquella felicísima edad de la primitiva Iglesia, y verá los desiertos poblados de monjes, y los poblados llenos de mártires, de confesores y de doctores y vírgenes. Verá derribados los templos de los ídolos, verá vencidos los tiranos, verá convertido el mundo, y entenderá que nadie era poderoso para hacer tan grandes maravillas, sino Dios.

Lo que después de todo esto se siguió, fue esta renovación del mundo, acompañada con los triunfos admirables que en esta jornada alcanzó. Porque primeramente triunfó del reino del diablo –que en casi todo el mundo era adorado– cuyos altares y templos derribó. Triunfó sobre el mundo, a cuyos reyes y emperadores, no peleando sino padeciendo, venció y sometió. Triunfó sobre sus enemigos, cuya republica y templo hasta hoy día destruyó y puso en perpetuo cautiverio. Y lo que más es, triunfó sobre el pecado, el cual, tan apoderado estaba de todos los hombres del mundo, que una gran muchedumbre de santos se levantaron de nuevo y vencieron a este tirano, vencedor de todos los reyes y emperadores del mundo. Y finalmente, triunfó sobre el infierno, pues lo saqueó, y también sobre el cielo, pues nos lo abrió, y triunfará después de la muerte, cuando le hará restituir todos los muertos y volver a la vida sus despojos. Por lo cual se ve claro cómo no es deshonra, sino grandísima gloria, hacerse Dios tal hombre cual aquí presentamos y confesamos que se hizo.

Ni hace contra esto haber padecido tan cruel y tan deshonrada muerte, pues en la muerte no hay deshonra, sino en la causa, porque así como padecer por maleficios es la más amenguada cosa del mundo, así por el contrario, padecer por beneficios, esto es, por la patria, por la justicia, por la fe, por la castidad y por la gloria y obediencia de Dios, es la cosa más gloriosa y más honrosa del mundo, y cuanto mayor fuere por esta causa la ignominia, tanto mayor será la gloria. Además de que esta tan gloriosa muerte parió todas las muertes de los mártires, y todas las mortificaciones y virtudes de los confesores y de todos los santos que ha habido en el mundo, los cuales con el ejemplo, esfuerzo y beneficio que de esta gloriosa muerte recibieron, padecieron constantemente todo lo que convenía padecer por la virtud.

Alaba pues, oh hombre, al Señor por este tan grande beneficio, considerando que pudiera Él desamparar al hombre después que pecó –sin perder por eso nada de su derecho– o pudiéralo remediar por otro medio que no le fuera tan caro, y no quiso sino por éste que a Él era tan costoso, por ser más conveniente para nuestro remedio. Y pues este Señor de tal manera se hizo nuestro mediador, que con sus merecimientos





Textos de espiritualidad dominicana

obligó a Dios, y con sus ejemplos a los hombres, el que quisiere valerse de sus merecimientos, es razón que trabaje por imitar sus ejemplos.

FRAY LUIS DE GRANADA

